

## ***Cómo y por qué ciudadanos soviéticos se acusan a sí mismos de crímenes que no han cometido***

**León Trotsky  
29 de enero de 1937**

(Versión al castellano desde “Comment et pourquoi des citoyens soviétiques s’accusent de crimes qu’ils n’ont pas commis”, en León Trotsky, P. Broué editor, *Oeuvres*, Tomo 12, Institut Léon Trotsky, París, 1982, páginas 199-205. Telegrama dirigido al periodista norteamericano Roy Howard de la cadena Scripps; también para las notas. En la versión ofrecida en *Oeuvres* advierten que “para mejor comprensión del texto hemos abandonado los signos ‘telegráficos’ (stop, pregunta, etc.) y restablecido los signos de puntuación)

El método de defensa contra las acusaciones de Moscú más simple y más convincente en primer lugar sería decir: “Los acusados no son trotskystas y, desde 1928, han sido enemigos decididos de Trotsky. Durante casi diez años, no solamente no he asumido ninguna responsabilidad por Radek o Piatakov, sino que, por el contrario, a menudo los he atacado como traidores al marxismo. No soy responsable de que esa gente sin principios se haya hundido realmente en la desesperación, se haya engañado con las intrigas y haya caído verdaderamente muy bajo. En cualquier caso, está completamente claro que confían en salvar su cabeza descreditándome.” No hay ni una sola falsedad en esta explicación. Solamente ignorantes o abogados de Stalin pueden tratar a los acusados, que son mis peores enemigos, como si fueran trotskystas. Durante mucho tiempo no he recibido ninguna información concerniente a la vida personal, actividades e intrigas de esa gente. De hecho, han confiado en salvarse durante el proceso mediante mi liquidación política. Todo ello es cierto, pero sólo es la mitad de la verdad y, en consecuencia, no cierto. A pesar de todo lo que acabo de decir, sé, estoy convencido, no dudo, que el grupo principal de acusados, los viejos-bolcheviques que conocí durante años (Zinóviev, Kámenev, Mrachkovsky, Radek, Murálov, etc.) ni han cometido ni podían cometer los crímenes que han confesado. A gente ignorante o ingenua, tal afirmación le puede parecer incomprensible y paradójica, en cualquier caso, superflua. ¿Por qué? Se dice: “¿Trotsky no se complica su propia defensa al defender a sus peores enemigos contra ellos mismos?” La cuestión no trata de mi donquijotismo. No, no se trata de donquijotismo. Para llamar a poner fin a la cadena de imposturas de Moscú hay que desterrar desde el principio hasta el final los mecanismos políticos y psicológicos de las “confesiones voluntarias”. Determinados juristas como el inglés Pritt y el francés Rosenmark construyen toda su defensa de Stalin y de la GPU sobre concordancias de las confesiones de los acusados, concordancias no existentes en realidad. ¿Qué valor tienen en realidad los interrogatorios, las pruebas materiales, los testimonios de los testigos, si los mismos acusados, individualmente o en coro, exigen ser fusilados por sus crímenes?

Semejante juicio es, como mínimo, superficial. No se podrán encontrar a lo largo de toda la historia parecidos procesos políticos en los que el conjunto del procedimiento descansa sobre un torrente de confesiones de los acusados que se comportan como celosos auxiliares del fiscal. Si se admite por un momento que esos hombres, versados en las cuestiones políticas desde hace mucho tiempo, han cometido series de crímenes absurdos y monstruosos, su conducta sigue siendo, a pesar de todo, incomprensible, monstruosa, fantástica. El criminal puede confesar bajo la presión de la prueba o del testimonio de

testigos. Pero aquí no existe ni lo uno ni lo otro. Tanto enigma es la ausencia de pruebas como la generalización de las confesiones. Se nos habla de un edificio complejo de crímenes con una vasta red de organizaciones criminales y de series enteras de “centros” de reserva fundamentales y paralelos. Esa grandiosa máquina, aliada con la Gestapo y el estado mayor japonés, ha operado durante años a través de centenares de agentes y a través de diferentes partes del país a su disposición. Durante ese período se han producido millares de investigaciones y arrestos de opositores. Parece que la GPU, que lee la correspondencia y escucha las conversaciones telefónicas, que no tiene ninguna limitación legal de ningún tipo, debería de haber recabado durante ese tiempo una gran cantidad de pruebas materiales. No se ha mencionado nada de ese tipo, ni una sola carta, ni un solo documento, por no hablar de bombas o máquinas infernales. Los Pritt y los Ronsembark no se molestan en preguntar cómo explicar este misterio. En realidad, la GPU debe poseer millares y millares de documentos y cartas de la Oposición. Pero no se encajan en el esquema. No guardan armonía con el plan. Esos documentos no podrían más que destruir la impresión ofrecida por las confesiones. Los hechos objetivos se corresponden mal con las construcciones subjetivas. Los procesos de Moscú están corrompidos hasta la médula porque es imposible descubrir qué base material, sea la que sea, subyace a esas monótonas confesiones. Pero entonces ¿por qué las confesiones? ¿Cómo son arrancadas? La historia no comienza con el proceso de los dieciséis. Las falsas autoacusaciones de las víctimas de la GPU no son un enigma para cualquier que haya seguido atentamente la evolución del régimen estalinista. Antes del 19 de agosto de 1936, Zinóviev y Kámenev habían reconocido públicamente su doblez no una vez, sino una decena de veces y, además, sus confesiones seguían una especie de progresión geométrica. Todos los acusados cuyos nombres me resultan conocidos se habían adherido a la Oposición anteriormente, pero tenían miedo de la perspectiva de la escisión o la represión ulterior y decidieron reintegrarse a cualquier precio en las filas del partido. Siguiendo las huellas de importantes dirigentes de la Oposición, millares y millares de militantes de base obedecieron a las mismas órdenes. La camarilla de Stalin obtuvo de ellos el reconocimiento que su programa era malo y, en particular, que la política de Trotsky era contraria a los intereses del proletariado. Ni un solo opositor serio creía verdaderamente en eso. Sin embargo, a fines de 1927, firmaron una declaración en la que se declaraban falsamente culpables de “desviaciones”, “errores” y crímenes inexistentes contra el partido y en las que glorificaban a los nuevos dirigentes, hacia los que no sentían la menor estima. *Aquí tenemos bajo una forma embrionaria todos los futuros procesos de Moscú.*

El asunto no se acaba, pues, con la primera capitulación. Por el contrario, como se ha dicho, se construye una progresión geométrica de las confesiones. El régimen deviene cada vez más totalitario, la lucha contra la Oposición cada vez es más monstruosa. La burocracia no puede permitir discusiones políticas puesto que para ella se trata de defender sus privilegios arbitrarios. Para encarcelar a los opositores, para deportarlos y fusilarlos, no es suficiente con clamar que su programa es falso. Hay que acusar a la Oposición de aspirar a la ruptura del partido, a la agitación en el ejército, a la caída del poder soviético. Para lanzar esas acusaciones ante el pueblo, la burocracia ha reunido a los capituladores de ayer, tanto como testigos como acusados. A aquel que ahora rehúsa firmar estas nuevas “autocalumnias” se le dice: “¡Eso significa que su arrepentimiento no era sincero!” Tras lo cual se le encarcela o deporta de nuevo. Así, se ha transformado poco a poco a los capituladores en falsos testigos profesionales contra la Oposición, contra ellos mismos, en el largo período transcurrido anteriormente a los últimos procesos. Mi nombre figura invariablemente en todas las declaraciones de confesión como enemigo público número uno de la burocracia soviética, sin lo que esos

documentos carecen de valor. Primero se trataba de mis tendencias “socialdemócratas”, en la siguiente etapa se pedía una declaración afirmando que mi política llevaba objetivamente a consecuencias contrarrevolucionarias. Algunos meses más tarde se exigía la afirmación que yo era “objetivamente” un agente de la burguesía, más tarde además que yo era *de facto*, si no *de jure*, aliado de la burguesía contra la URSS. Todo capitulador que trataba de oponerse a este procedimiento en cada nueva etapa, invocando su trabajo y servicios, recibía invariablemente esta respuesta: “Todas sus declaraciones anteriores no eran sinceras puesto que no quiere ayudar al partido (es decir a la burocracia) contra Trotsky. Usted es un enemigo oculto del partido.” Así, las anteriores confesiones se convertían en una cadena para los capituladores y los arrastraban al abismo.

De tiempo en tiempo, desafortunados capituladores eran arrestados o deportados de nuevo por motivos absolutamente insignificantes o puramente ficticios, siendo el objetivo destruir su sistema nervioso, matar su dignidad personal, romper su voluntad. Tras cada nueva represión, se concedía una nueva amnistía al precio de nuevas autoacusaciones el doble de humillantes. Cada uno estaba obligado a declarar en la prensa: “Reconozco que he actuado de forma deshonesto ante el partido y el poder soviético, que, de hecho, era un agente de la burguesía, pero, ahora que he roto definitivamente con los renegados trotskistas, etc.” Así se ha realizado paso a paso la “educación” (más exactamente la desmoralización) de decenas de millares de miembros del partido e, indirectamente, del partido entero, tanto acusados como acusadores, en un período de once años, desde 1923 a 1934. Durante esos años se ha elaborado un ritual en el que la gente se denuncia a sí misma en interés del partido, pero en realidad para defender su lugar en las filas de la burocracia. La camarilla dirigente necesita este ritual ignominioso para extirpar en el mismo nido cualquier movimiento de pensamiento crítico.

Tras el asesinato de Kírov, en diciembre de 1934, el proceso de corrupción de la conciencia del partido sufrió una nueva aceleración, jamás igualada anteriormente. En esa época demostré en la prensa, y me comprometí a demostrar ante cualquier comisión de investigación imparcial también, que el complot contra Kírov había sido preparado, estando al corriente Stalin, por agentes de la GPU a fin de implicar a la Oposición en el asunto (el método de la policía: “amalgamas”) y desenmascarlo en vísperas de su realización<sup>1</sup>. El disparo de Nikolayev (que, evidentemente, tenía sus propios motivos) se produjo, sin embargo, antes de que estuviese preparada la amalgama. Tras dudas, contradicciones y mentiras, la burocracia tuvo que contentarse con medidas a medias como el reconocimiento por Zinóviev, Kámenev y otros de que eran “moralmente responsables” del asesinato de Kírov. Esta declaración “voluntaria” fue arrancada con un argumento muy simple, “si no quiere ayudarnos a destruir a la Oposición haciendo recaer sobre ella la responsabilidad moral de los actos terroristas, usted demuestra al mismo tiempo su real simpatía hacia la Oposición y el terror y le trataremos como a nuestros peores enemigos.” En cada etapa, estaba presente la alternativa para los antiguos capituladores, o bien abandonar sus antiguas confesiones y entablar una lucha sin esperanza contra la burocracia, sin programa, sin organización, sin autoridad personal, o

---

<sup>1</sup> Trotsky resume aquí correctamente su tesis en aquella época. En realidad, las informaciones a que se ha podido acceder desde 1956 demuestran que la empresa (imaginada y dirigida por Stalin) estuvo dirigida sin lugar a dudas a lo que era su primer objetivo, la muerte de Kírov. Anton Antonov-Ovseenko, el hijo del viejo-bolchevique, retrata en su libro *The Time of Stalin. Portrait of a Tyranny* (El tiempo de Stalin. Retrato de una tiranía), rastrea lo que la investigación de 1957 (diez gruesos volúmenes) reveló al respecto y también hace historia de esta investigación: los testigos que respondieron en esa época son objeto hoy en día de represalias policíacas. Pero no puede haber dudas: la muerte de Kírov fue organizada por la GPU a iniciativa de Stalin, puentando al jefe de la GPU de Leningrado, Medved y al responsable de la protección de Kírov, Borissov, con el adjunto de Medved, Ivan Z. Zaporozjets, nombrado con este fin. Los testigos fueron suprimidos.

bien descender un grado más abajo acusándose a sí mismos de nuevas ignominias más graves todavía y haciendo recaer sobre mí la responsabilidad de todo. ¡Tal es ese abominable descenso al abismo! Si se determina un “coeficiente” aproximativo de la progresión, se puede predecir el carácter de la capitulación para el nivel siguiente. He hecho eso en la prensa más de una vez.

Los “leves” fallos de cálculo de la GPU que pagó Kírov con su vida, naturalmente que no han avergonzado a Stalin. Ante el cadáver de Kírov decidió armar un nuevo proceso para transformar la responsabilidad moral de la Oposición en responsabilidad jurídica real. Zinóviev, aterrorizado, lo aceptó todo. Kámenev se opuso un poco. Se preparó un nuevo proceso especial para Kámenev, a puerta cerrada, en julio de 1935, durante el cual se le puso cara a cara con la muerte. Kámenev cedió. A partir de ese momento, la preparación del nuevo proceso se desarrolló a gran escala. En las prisiones de Stalin no faltaban candidatos para la acusación. A quien estuviese dispuesto a reconocerse culpable del crimen de terrorismo y desacreditarme se le prometía una vida suave y, después de algún tiempo, la libertad total. Cinco días antes del proceso, Stalin promulgó una ley especial concediendo el derecho de recurso a los condenados a muerte por terrorismo: había que alimentar las esperanzas de los condenados hasta el último momento. Zinóviev, Kámenev y el resto marcharon por sí mismos hasta el límite de la humillación y el rebajamiento. Tras lo cual fueron arrollados. Se les fusiló.

Stalin mira más lejos. Ya durante el proceso de los dieciséis la GPU forzó a Radek y Piatakov a publicar en *Pravda* artículos en los que confirmaban la exactitud de las acusaciones y exigían la pena de muerte para los acusados. Radek y Piatakov sabían perfectamente que participaban (“en interés del partido”) en una escalofriante impostura judicial, pero no dudaban de que con esos mismos artículos estaban a punto de cerrar el nudo alrededor de su propio cuello. Después de reconocer que los dirigentes y antiguos dirigentes de la Oposición (Trotsky, Zinóviev, etc.) eran capaces, no solamente de ejercer un terrorismo clandestino, sino, también, de aliarse con la Gestapo, Radek y Piatakov se cerraron todas las vías de retirada: ¿desde qué punto de vista su situación era mejor que la de Zinóviev, Kámenev y Smirnov?

Si con el proceso Zinóviev la opinión pública mundial hubiese sido convencida de que yo era en secreto un terrorista y aliado de Hitler, puede que no se hubiera necesitado un segundo proceso. Pero a pesar de todos los esfuerzos de los abogados extranjeros de la GPU, el asunto Zinóviev-Kámenev provocó desconfianza, indignación y, como mínimo, dudas serias. Precisamente por ello era necesario un nuevo proceso “más convincente”. Naturalmente que Radek y Piatakov eran los corifeos de esta nueva producción. Después del proceso de los dieciséis, no tenían, naturalmente, ninguna de las ilusiones que habían mantenido Zinóviev y Kámenev. Pero ¿qué podía hacer esta gente moralmente aplastada? Podía escoger entre una muerte segura e inmediata a las puertas de la prisión o una vaga y problemática esperanza. Sin duda alguna Stalin les hizo llegar, a través de la GPU, que “evidentemente no podíamos evitar fusilar a Zinóviev, Kámenev y el resto, porque eran enemigos secretos; tenemos la mayor confianza en poder salvarlos y permitirlos volver al trabajo más tarde.” Para reforzar esos argumentos, la GPU fusiló a aquellos acusados que habían desplegado cierta resistencia.

La mecánica en sí misma no es muy complicada. Para su realización solamente exige un régimen totalitario, es decir ausencia de la menor libertad de crítica, sumisión militar de los acusados, testigos, fiscales y jueces a una única persona, y un monolitismo perfecto de la prensa en los gruñidos monótonos, asustaron y desmoralizaron a los acusados y a la opinión pública en su conjunto. Aquí hay que añadir la permanente posibilidad de fusilar a todos los acusados que manifestasen algún desacuerdo.

Los procesos de Moscú han tenido lugar no porque la GPU haya descubierto las huellas de un complot y localizado a los criminales; no porque los criminales atormentados por su conciencia se hayan acusado voluntariamente a sí mismos de haber cometido crímenes. No. Los procesos de Moscú se han puesto en escena porque la GPU disponía de un número ilimitado de hombres a los que podía modelar a su gusto conforme a las necesidades políticas, hombres educados en el sistema de las falsas confesiones y que están obligados a asumir toda suerte de dobleces a fin de demostrar su “sinceridad” e intentar salvar sus vidas. Los procesos de Moscú no tienen nada en común con un tribunal. Son producciones puramente teatrales con papeles escritos de antemano con los “Führer” absolutos como directores. Su objetivo político es: matar hasta la misma raíz de una vez por todas cualquier vestigio de pensamiento crítico. ¿Ha alcanzado ese objetivo la burocracia? No. Stalin se ha equivocado mucho. Las consecuencias de este error serán fatales para su dictadura. Lo veremos en un próximo futuro.

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)